

—Niña mía—le dijo—no es culpa mía si te suceden accidentes... Mas yo no guardo rencor, ¿lo oyes? Y has de saber muy bien que habrías encontrado y que encontrarás aún en mí una segunda madre. En mi casa te espero, cuando bien te venga en talante.

Renata no la escuchaba. Entró en el gran salón y atravesó una figura muy complicada del cotillón, sin percatarse de la sorpresa que producía su abrigo de pieles. En medio de la pieza había grupos de damas y de caballeros que se mezclaban unos con otros agitando banderolas, y la aflautada voz del señor de Saffré decía:

—Vamos, señoras, “la guerra de Méjico”... Es preciso que las damas que figuran las malezas, extiendan sus faldas en redondo y se queden en el suelo... Ahora los caballeros dan vuelta en torno a las malezas... Después, cuando dé yo una palmada, cada uno de ellos valseará con su maleza.

Y dió la palmada. Los instrumentos de metal tocaron y el vals volvió a lanzar las parejas alrededor del salón. La figura había tenido escaso éxito. Dos damas se habían quedado sobre la alfombra trabadas con sus faldas. La señora Daste declaró que lo que la divertía en “la guerra de Méjico” era tan sólo el hacer “un queso” con sus faldas, como en el colegio.

Renata, una vez en el vestíbulo, encontró a Luisa y a su padre, a quienes Saccard y Máximo acompañaban. El barón Gouraud había partido ya. Madama Sidonia se retiraba con los Mignon y Charrier, en tanto que el señor Hupel de la Noue acompañaba a la señora Michelin, de quien su marido iba en pos discretamente. El prefecto había empleado el resto de la velada en hacer la corte a la linda morena. Acababa de decidirla a que pasase un mes del verano en su distrito, en donde se veían antigüedades por demás curiosas.

Luisa, que cuscurreaba como quien nada hacía

el almendrado que tenía en el bolsillo, fué acometida de un acceso de tos, en el instante de salir.

—Tápate bien—le dijo su padre.

Y Máximo se apresuró a apretar más todavía el lazo del capuchón de su salida de baile. La joven levantaba la barba y se dejaba envolver. Mas cuando la señora Saccard se presentó, el señor de Mareuil volvió atrás para despedirse. Ambos permanecieron allí hablando un instante. Renata, queriendo explicar su palidez y su temblor, dijo que había sentido frío y que había subido a su habitación para echarse a los hombros aquel abrigo de pieles. Y espía el momento en que pudiese hablar hajo a Luisa, que la miraba con su curiosa tranquilidad. Mientras los hombres seguían estrechándose las manos inclinóse y murmuró:

—Usted no se casará con él, ¿eh? Eso no es posible. Usted sabe bien que...

Pero la niña la interrumpió, irguiéndose, y diciéndole al oído:

—¡Oh! viva usted tranquila, me lo llevo... Eso nada importa, pues partimos para Italia.

Y sonreía, con su sonrisa vaga de viciosa esfinge. Renata quedó balbuciente. No comprendía, imaginábase que la corcovada se mofaba de ella. Después, cuando los Mareuil se hubieron alejado repitiendo muchas veces: “Hasta el domingo”, miró a su marido, miró a Máximo con espantados ojos, y, viéndolos tan tranquilos, en actitud satisfecha, se ocultó el rostro entre las manos, echó a huir y se refugió en el fondo de la estufa.

Las avenidas estaban desiertas. Los espesos follajes dormían, y sobre la pesada superficie de la fuente dos capullos de ninfea se abrían lentamente. Renata habría querido llorar; pero aquel húmedo calor, aquel olor penetrante que le era conocido, le subía a la garganta y ahogaba su desesperación. Miraba a sus plantas, al borde de la concha, a aquel sitio de la arena amarilla, en donde extendía la piel

de oso el último invierno. Y cuando alzó los ojos todavía volvió a ver una figura del cotillón, allá en el fondo entre las dos puertas que se habían dejado abiertas.

Era aquél un ruido ensordecedor, una refriega confusa en que, en un principio, tan sólo se distinguían voladoras faldas y piernas negras, paseando y dando vueltas. La voz del señor de Saffré gritaba: "¡El Cambio de señoras! ¡el Cambio de señoras!" Y las parejas pasaban en medio de finísimo polvo amarillo; cada caballero, después de haber dado tres o cuatro vueltas de vals, echaba a su dama en brazos del vecino, quien a su vez le lanzaba la suya. La baronesa de Meinhold, en su traje de Esmeralda, caía de manos del conde de Chibray a las de mister Simpson; éste la recogía, saliera lo que saliera, por un hombro, mientras que la punta de sus guantes se deslizaba bajo el corpiño. La condesa Vanska, como una amapola, haciendo sonar sus colgantes de coral, iba de un salto del pecho del señor de Saffré al del duque de Rozán, a quien enlazaba y a quien obligaba a hacer piruetas durante cinco compases, para cogerse en seguida a la cadera de Mr. Simpson, que acababa de lanzar la Esmeralda al director del cotillón. Y las señoras de Teissiere, de Dasle, de Lauwerens, lucían como grandes joyas vivientes, con la rubia palidez del Topacio, el azul celeste de la Turquesa y el ardiente azul del Zafiro, abandonábanse un momento, se cimbreaban sobre la extendida mano de un valsador; después se separaban de nuevo y se volvían de espaldas o de cara, para recibir en hilera los abrazos de todos los hombres del salón. Entretanto la señora de Espanet, delante de la orquesta, había conseguido coger al paso a la señora de Haffner y se puso a valsar con ella sin quererla soltar. El Oro y la Plata bailaban juntos amorosamente.

Renata se dió cuenta entonces de aquel torbellino de faldas, de aquel pataleo de piernas. Estaba

situada en parte baja y veía la furia con que se movían los pies, el revoltijo de las charoladas botas y de los tobillos blancos. A veces se le figuraba que un viento huracanado iba a levantar los vestidos. Aquellos hombros, aquellos brazos desnudos, aquellas cabelleras que volaban, que se arremolinaban, tan pronto recogidas, como lanzadas y vueltas a coger, en el fondo de aquella galería en donde el vals de la orquesta enloquecía, en donde las rojas tapicerías desmayaban bajo los últimos ardores del baile, parecióronle como la tumultuosa imagen de su propia vida, de sus desnudeces, de sus abandonos. Y experimentaba tal dolor al pensar en que Máximo, para tomar a la corcovada en sus brazos acababa de lanzarla allí, a aquel sitio en que se habían amado, que pensó en arrancar un tallo del Tanghin que le rozaba la mejilla y mascarle hasta la madera. Pero le faltó valor y se quedó ante el arbusto tiritando bajo el abrigo de pieles que sus brazos atraían y oprimían estrechamente, con profundo ademán de aterrorizada vergüenza.

VI

Tres meses más adelante, en una de esas tristes mañanas de primavera que traen a París la obscuridad y la sucia humedad del invierno, Aristides Saccard bajaba del coche en la plaza del Chateau-d'Eau, y se internaba, con otros cuatro señores, en el boquete de demoliciones que abría paso al futuro bulevar del Príncipe Eugenio. Formaban los cinco una comisión de investigación que el jurado de las indemnizaciones enviaba sobre el terreno para justipreciar ciertos inmuebles, cuyos propietarios no habían podido entenderse amigablemente con el Municipio.